



— ¿No sabe usted, señora Jecker, me dijo la señora Plowes...

cluído el negocio, nos pondremos en paz, me casaré contigo y viviremos tranquilos.

— ¿De veras, Aquiles mío?

— De veras, Nena.

Aquello me confortó y me alegró hasta ponerme como una sonaja. Olvidé penas, remordimientos, sustos y congojas y me dediqué á pensar sólo en ser dichosa al lado de mi incomparable amante.

Todos los días recibía noticias acerca del paradero de la niña: los Olivos habían marchado con Juárez; estaban en Guadalajara; habían salido para Mazatlán, vivían en Puebla; se habían radicado en Monterrey; había muerto don Germán; quien había muerto era doña Lorenza; era seguro que seguían viviendo en México; el viejo se había adherido al imperio; no se había adherido al imperio; vegetaba en un poblacho ejerciendo la abogacía...

Entre todas aquellas contradicciones no era posible resolver nada. Aquiles se interesaba en el asunto, pero no era más dichoso que yo. Vivía tan abstraída, tan pensativa, tan fuera de mí, que no supe darme cuenta de la agitación que reinaba en Palacio por un doble motivo: la cuestión eclesiástica y la de los robos de alhajas.

— ¿No sabe usted, señora Jecker, me dijo la señora Plowes, que estamos á punto de romper con Roma?

— ¿Con Roma?

— Sí, con el Padre Santo.

— ¿Y por qué vamos á reñir?

— Porque S. M., que aguardaba que el Nuncio viniera provisto de instrucciones para arreglar la cuestión eclesiástica, dice ahora que no tiene tales instrucciones.

— Pues... es gracioso.

— ¿Gracioso encuentra usted un asunto que puede costar el trono á nuestros amados soberanos?

— ¡Pse!...

— Y traer la ruina de México...

— ¡Bah!...

— El Nuncio debió haber traído instrucciones y procedido desde luego á firmar el concordato.

— No habría estado mal.

— Tan bueno habría sido, que todos nos hubiéramos alegrado... Ó ¿qué dice usted?

— Que se lo cuente usted al Nuncio...

— Pero no hallará usted tan sin importancia los robos de alhajas.

— ¿A quién le han robado alhajas?

— A todo el mundo... Don Isidoro de la Torre fué víctima de uno de esos robos: le sacaron un cajoncito en que guardaba multitud de joyas.

— No le hacen falta.

— A las Icazas, á las Andrades, á las Escandones no les han dejado casi nada que ponerse.

— Comprarán otras.

— Veo que se resigna usted muy fácilmente con el mal ajeno... Si se tratara de esa hermosa joya que llevó el día del cumpleaños del Emperador, no mostraría tanta conformidad.

— Ni de esa ni de otras alhajillas que guardo quisiera que se tratara; pero usted ya lo sabe: los ladrones, más si son hábiles, como los que han aparecido, no buscan á los pobres.

— Por eso vivo descuidada.

— Y yo.

— Pues no tiene razón.

— Sé á qué atenerme... Y á propósito, ¿qué alhajas fueron esas que robaron?

— A don Isidoro de la Torre le sacaron de un vargueño antiguo una cajita de plata en que guardaba tabaqueras de oro con bellísimos esmaltes, veneras de la Inquisición, y sobre todo, un preciosísimo aderezo que sólo tiene competidor en la *rivière* que le habían cogido días hace á Concha Tagle...

— ¿También habían robado á la Tagle?

— Sí, le habían llevado una *rivière*, un prendedor, una *aigrette*... ¡qué sé yo!

— ¿Y qué les robaron á las Escandones?

— Las famosas calabacillas que tenían guardadas en el alhajero de porcelana.

— ¿Y á las Icazas?

— Aquel collar viejo de esmeraldas que tanto llamó la atención en Palacio.

— Pues, en verdad, hay que tener cuidado... Hace poco me habían enseñado esas cosas y de veras siento que se hayan perdido... ¿Y la policía? ¿Qué hace la policía que no averigua y pone como un cabello esos escándalos?... ¿No dicen que S. M. ha traído, ó va á procurar que se traigan, unos famosos agentes que son capaces de los primores que dice la oración del Justo Juez? Que se luzcan, que demuestren que son capaces de ganar los tres mil, los cuatro mil ó no sé cuántos pesos que les dan... Y lo que yo siento más es que un amigo, el vizconde de Lapierre, que quería ver esos primores, no consiga su objeto aun empeñándose...

— Aguarde usted, su vizconde ¿no es un extranjero bajito, de buena cara y de barbilla rubia, capitán, comandante ó no sé qué de la guardia palatina?

— Sí, sí, el mismo; pues vió todo, tanto que don Isidoro, apoyándose en el testimonio del comandante, sostiene que las joyas estaban en su sitio el día anterior al del robo.

— Pero don Isidoro tenía otras joyas, tenía su caja repleta de onzas, tenía preciosidades de todas clases. ¿Qué pasó con todo ello?

— Todo está en el mismo lugar, todo está sin variación ninguna.

— ¡Es maravilloso!

— En casa de las Escandones hicieron á un lado joyas de poco valor y sólo cargaron con la consabida caja de porcelana, la que tenía en un relieve el combate de centauros y lapitas.

— Todavía más: sacaron alhajas de poco valor y se llevaron solamente las calabacillas que dicen valer una fortuna... Pero no lo crea usted, esos bribones por audaces que sean, tendrán su merecido... Ya la policía está en autos, y, según parece, hay sabuesos que se pierden de vista... Tienen, como quien dice, el nudo, el núcleo del asunto: es un sombrero charro que, acompañado de una chaveta, apareció en la recámara de las Icazas: por ese hilo se ha de sacar el ovillo, no lo dude usted.

— Me parecería extraño, porque mire usted que un pelado haciendo esas picardías tan ingeniosas, tan... vamos, tan civilizadas... no cabe en lo posible. Aquí el pelado roba, pero de manera salvaje y primitiva: arrebatando el rebozo á la india que pasa, metiéndose á la vivienda y llevándose la manta ó la jaula mal colocadas; los crímenes cultos son propios de gentes cultas.

— Lo mismo creo; pero no sé por qué había de engañarse y echarse á perder aquí el olfato de la policía francesa.

— Claro, ni por qué habíamos de dar nosotras lecciones á los maestros.

El asunto de los robos duró en el tapete lo menos quince días. Aquiles, que me veía con más frecuencia de la acostumbrada, me dijo un día que le reprochaba su tardanza:

— Pero ¿no lo sabes? Me he pasado la mañana en el juzgado de lo criminal, declarando ante un señor juez que no sabe lo que se pesca. Figúrate que tiene presos á diez ó doce indios y que no es posible hacerle salir de su convicción de que esos pobres han sido capaces de meterse en las casas de Escandón, de Torre y de los demás robados. «Señor Juez, le insinué con respeto, no tiene Su Señoría que molestar á esos desgraciados: el mal está en otra parte, en esfera superior de la sociedad, no en un pelagatos que poco sabe de eso... Como decía Nelson en Trafalgar: «¡á los cascos! ¡á los cascos!» y eso digo yo: á los personajes encumbrados, á los señorones hambrientos, á los oficiales austriacos, franceses, belgas, mexicanos ó de cualquier otra nacionalidad que tengan querida, que se sepa contraen deudas de juego, que beben ó se dan buena vida; lo demás es perder el tiempo. ¿Y qué crees que me ha contestado el tal Juez, un viejo gordo, negro, antipático y sucio?... «Señor vizconde, vucencia sabrá mucho de mandar soldados, de hacer cortesías á Sus Majestades y de otras cosas semejantes; pero lo que es conocer y distinguir criminales... nada sabe y yo soy un lince... Figúrese nomás que soy em-

pleado en estas cosas desde el tiempo de Bustamante, es decir, hace veinticuatro años, y que he tenido á mi cargo los procesos más famosos que se han ventilado en esta metrópoli... Y además, soy hijo de buen padre; figúrese usted nomás qué tanta será mi ciencia: soy descendiente directo del descubridor de la conjura del padre Arenas.» No queriendo discutir más con aquella lumbrera jurídica, fuí á ver á don Isidoro de la Torre, le ofrecí mis servicios para el caso de que quisiera utilizarlos, y lo mismo hice con las Escandones, las Icazas, las Adalides y demás perjudicadas. Me lo agradecieron mucho, pero me despa-charon á paseo con toda finura, indicándome que no me tomara la mortificación de hacer averiguaciones, pues hay la idea de que lo que aquí se pierde, se pierde sin remedio y que vale más no molestar á los ladrones, que son fuertes y pueden hacer mucho daño á quien se meta con ellos. Eso me indignó, y á don Isidoro le dije lleno de rabia: «Señor don Isidoro, es verdaderamente triste que llegue la desmoralización hasta corromper y minar lo más granado que tiene este país... Usted, que es un caballero civilizado y discreto, debía encabezar una cruzada á fin de descubrir á esos pillos, que tanto desacreditan y causan tanto perjuicio...» La respuesta del ricachón fué esta: «Le agradezco, amigo vizconde, el interés que por mí se toma, pero no me hallo dispuesto á encabezar semejante cruzada... ¿Se perdieron esas cosas? Más se

perdió cuando el diluvio y menos se ha recuperado: yo no tengo voluntad de asumir el carácter de redentor, que así no tardaré en ser crucificado... Es mala esa actitud pasiva que mucho se parece á una complicidad, pero peor es sufrir daños en la persona ó nuevos males en los intereses... Y por lo que á usted toca, no se meta á perseguir á nadie, que puede volvérselo la oración por pasiva... Acuérdesese que no hace muchos años todavía, en las antecámaras de la presidencia se tramaban los robos y las asonadas; acuérdesese del coronel Yáñez que fué llevado al palo por asesino... y el tal coronel era nada menos que ayudante del general presidente...» Todavía insistí ofreciéndome á capitanear á la policía, pero el maldito no me hizo caso: «Es usted muy joven y está muy recién venido á la tierra; dentro de dos años hábleme del asunto.»

Siguió mi novio hablando largamente de la necesidad de no dejar impune esa serie de picardías, y ya para concluir me entregó unos riquísimos relojes que acababa de recibir.

—Mal anda todo por casa, me dijo; figúrate que mi padre, viejo gentilhomme que sirvió á Napoleón, se ha visto obligado á deshacerse de sus tierras, y que mi madre, para volverle menos penosa la situación, ha determinado vender sus alhajas... ¡Pobres viejos! si no fuera por mi hermana María, que es dama de la Emperatriz Euge-

nia y que está casada con el conde de Beaumetz, que conserva algunas de sus posesiones de Bretaña, todo estaría perdido... Pronto realizaré estas cosas; pero entretanto,



guárdamelas, que bien necesito de tu buena voluntad para que no me confundas con un prendero...

Se despidió el vizconde y á poco recibí una cartita suya en que me anunciaba que había noticias frescas de Génie.

—Está en Zitácuaro, me contó cuando le vi; el viejo

Olivos es comisario ó no sé qué en el cuerpo de ejército que los chinacos llaman del centro, y es facilísimo dar con ella. Escríbele y yo me llevo la carta.

— No tomaría resolución ninguna, le respondí, sin consultar con sus suegros, y el viejo Olivos te debe de tener una inmensa aversión desde lo del alojamiento... Si alguien la convence, soy yo; cuento todavía con algún ascendiente sobre ella.

— ¿Y te expones tú al camino?

— ¿Por qué no? ¿No viajan solas tantas señoras?

Discutimos largamente si había en efecto necesidad de que yo fuera, y al fin quedó acordado que haría el viaje, pues Génie tenía dadas tales muestras de testarudez, que no valía la pena de ponerla sobre aviso mandando un mensajero ó escribiéndole una carta: mis súplicas y mis lágrimas debían hacer toda la obra, pues era seguro que si el viejo maniático del Licenciado sabía que se trataba de recibir dinero del gobierno por causa del que él llamaba sin ambages *el inmundo negocio Jecker*, todo se lo llevaría la trampa. Había, pues, que emprender el viaje á la heroica Zitácuaro.

Aquiles, que estaba en todo, me hizo ver la necesidad de que dejara un apoderado constituido para tratar de mis negocios en mi ausencia, y como en nadie tenía más confianza que en mi novio adorado, á su favor y ante el Notario Pérez de Lara, otorgué el famoso poder, pues Lapie-

re tenía intención no sólo de apretarle las clavijas á Jecker, sino también de gestionar la reivindicación de mis derechos á la herencia de mi tatarabuelo.

Es de saberse, que examinados los papeles por un famoso jurisconsulto, había resultado que estaban en regla y que debía emprenderse sin tardanza la reclamación. Por otra parte, Moncalian desde España y Saligny desde Francia, seguían urgiéndome para que hiciera el negocio y les mandara su parte.

Faltaba sólo arreglar la licencia de la Emperatriz para marcharme, cuando recibí una mañana la visita del padre Robles, que llevaba un asunto importante.

— Señora, me dijo, novedad tenemos. Con lo de la carta de S. M. al ministro Escudero, los conservadores están más que soliviantados, furiosos y pretenden hacer una barbaridad.

— ¿Los conservadores? ¿Los mismos que han traído al Emperador? Eso no es posible.

— Tan posible, que todo está dispuesto para asesinar á Maximiliano.

— Usted ve visiones, padre Robles.

— ¡Ojalá que fueran visiones!... Los conservadores se mueven, los conservadores trabajan, los conservadores hacen lo imposible por echar abajo al bondadosísimo príncipe que ha tomado sobre sí la ingrata tarea de hacer feliz á esta desgraciada nación... Dicen que estaban mejor